de su extraordinaria voz de cantante. Y se lo dije.—Me sorprende que en V,, cuando habla, quede tan bien escondido el tenor.

—No siempre—contestó sonriendo.—El tenor se revela cuando monto en cólera.

*

Le obligué á hablar de sus triunfos más memorables. Son cuatro que los guarda sobre todos en su corazón: las primeras representaciones del *Otello* en Milán y en París donde impuso él que la ópera fuese cantada en italiano por todos los artistas; el primer buen éxito que logró alcanzar en Berlín, donde el público frío en el primer momento, se puso en pie en masa de un salto, levantado por la emoción al oírle el himno del *Profeta,* y la noche que salió á las tablas por vez primera en Buenos Aires en el teatro Colón, en 1878, á cantar la *Traviata* con la Ponzzoni.—Noches como aquellas—suspiró—no volverán más!

Mas recuerda también con gran placer dos sucesos de naturaleza bastante diversa de todos los demás: la profunda y cómica

impresión al mismo tiempo, que despertó su voz en los actores de un teatro chino en San Francisco, que no teniendo idea alguna de nuestro canto (en el Celeste Imperio no hay canto propiamente dicho), no comprendían de donde pudiesen salir sus notas poderosas, y miraban en derredor como para buscar en el aire la explicación de aquel prodigio; y la estupefacción todavía mayor que él produjo en una compañía de Singaleses, que habían venido á dar funciones en Turin, y á los cuales, después de oirles las monótonas canturias con que acompañaban sus danzas religiosas, les dió una muestra del arte propio.

La expresión atónita de sus rostros, las sacudidas que daban con todo su cuerpo al oir las notas agudas, y la curiosidad con la que después del canto, le palparon el pecho y trataron de mirarle la boca para descubrir el instrumento que daba sonidos tan maravillosos, fueron una de sus más agradables satisfacciones de artista.

Le pregunté á cual de los muchos países en que había cantado volvería con más

gusto. A Rusia—me contestó—á Montecarlo y á Buenos Aires; pero, por razones muy diferentes.

A Rusia, porque por más que esté llena de peligros para su garganta, adoran allí la música italiana y la gente va al teatro lírico para oir al artista más que la ópera, el canto más que la orquesta. A Montecarlo porque además de que allí encuentra amigos de todos los países, no le da ninguna preocupación el público, el cual da una escapada al teatro entre una fugada y otra para distraerse un momento, escuchando casi con un solo oído, sin ninguna exigencia crítica; lo cual deja á los artistas en una libertad de espíritu agradabilísimo. Y en Buenos Aires porque allí le parece estar en Italia y todos le quieren, y se apasiona por la política del país; en la cual hasta llegó á tomar en una ocasión parte activa, como él dice bromeando, porque en no sé que revolución, habiéndole reconocido en la calle una multitud sobrescitada que pasaba le obligaron á cantar el himno argentino subido en una mesa café. Y mucho debe querer á aquel país

para haber ido diez veces lo menos á cantar allí, él, que entre todas las víctimas del mareo, no hay ninguna que odie más el agua salada.

*

Fáciles de imaginar son sus gustos, ó por mejor decir, sus afectos en materia de música: prefiere á la nueva la antigua, en la cual no siendo dominado por la orquesta hace triunfar la voz en su hermosa y fresca desnudez, que puede afrontar sin velo cualquier juicio. Lamenta el olvido en que yacen muchas viejas óperas que á su parecer, se rejuvenecerían si fueran ejecutadas como es debido.

La *Traviata,* que cantó hasta con la Patti en América del Norte, es una de sus predilectas. Entre las otras de Verdi, de la que habla con más cariño es de *Otelo:* en la cual obtuvo el éxito más grande de artista, de actor y quizá más recitador de escultor de la frase y de la palabra, gracias á la enseñanza del maestro, principalmente. Quien no recuerda la energía admirable con que

va diciendo las sílabas de aquel *Addio, sante memorie,* en el cual se siente volar los dardos, el toque de diana y casi el rumor de un ejército que se despierta?

Mas sean las que quiera sus predilecciones él siempre canta con igual ardor todas sus óperas, se entrega al público en cuerpo y alma, más por impulso instintivo, que de propósito. Dice que á veces cuando no se encuentra en perfectas condiciones de salud, se propone, al ir al teatro, atender á su comodidad «como hacen con frecuencia otros muchos;» pero, que en seguida que pone el pie en escena, todo propósito de la pereza desaparece, la ambición lo azuza, le invade la pasión y se lo lleva el diablo.

—Creerá V.—dijo acalorándose—que después de treinta años de teatro, siento siempre al presentarme en el proscenio, la misma emoción que en los primeros años? Que todo público nuevo me causa miedo? Que una primera acogida fría todavía me hiela la sangre en las venas, y que el primer estallido de aplausos me hace saltar el corazón como en los primeros días de mi carrera? Y que algunas veces un *bravo* solitario pero caluroso y sincero, arrancado á un oyente en medio del silencio de todos, me hace más efecto que una ovación clamorosa del teatro entero?

Y riéndose me contó que uno de los momentos más agradables de su vida artística fué cuando en un teatro de Bolonia al disponerse á cantar el *Lasciami in pace morire omai* del Poliuto, estando en el fondo de la escena, oyó la voz emocionada de un oyente del paraíso, que creyendo que se había quedado detrás por timidez y deseando verlo más de cerca, le gritó en dialecto romañolo: —*Eh; veu avanti,...* (Eh; adelántate y no tengas miedo, hombre,...)

En este punto se me vino á los labios una pregunta que hacía rato pensaba hacerle: deseaba yo saber qué impresión le causaba á él el sonido de su propia voz y el efecto mudo pero evidente en la inmovilidad y actitudes de las caras, que la misma producía en el auditorio. La respuesta correspondió á lo que yo me imaginaba. Me había yo imaginado que debía ser una de las mayo-

res dulzuras humanas la que da á un gran artista de canto la onda de armonía que siente él brotar de su pecho y extenderse é invadir la multitud; que la música que él canta le ha de parecer en aquellos momentos como si naciera de su cerebro y de su corazón, salida del alma suya como la voz sale de su cuerpo; y que todo su ser libre en aquellas notas con una vida inmensa, muestre su alegría por la propia fuerza y por el propio imperio como en un vasto abrazo amoroso en el cual sienta palpitar y agitarse millares de vidas. Esto dijo con otras palabras más sencillas pero bastante más elocuentes que las mías, Tamagno, deteniéndose de vez en cuando para buscar la frase, y frotándose las manos con impaciencia, como diciendo:—Ah, si pudiera cantarte lo que quiero decirte, cuánto mejor te explicaría las cosas!

*

Una de las señales de su índole buena es cómo habla de sus émulos; especialmente de Massini, cuya voz y cuyo arte alaba con

las palabras más calurosas de admiración. Un ruiseñor,—dijo—un violín! Cómo! No le ha oído V.? Pues bien, no se puede formar una idea de la suavidad, de la dulzura angélica de aquel canto. No he oído otro igual en mi vida que penetre tan profundamente en el corazón, y que arranque lágrimas como hace él, con aquella voz celestial, que no se le ve salir de la boca y parece que viene por los aires.

En ninguna otra conversación, sin embargo, manifiesta mayor su alma que hablando de su madre. Tiene un culto religioso por su memoria. Era una mujer amorosísima, buena, sencilla. Ya cuando él proveía con largueza á las necesidades de la familia, seguía ella vestida lo mismo que en la época de estrechez, con su pañuelo de colores á la cabeza, como la mujer de un obrero. Así, en efecto, recuerdo haberla visto por las calles de Turín varias veces, donde muchos la conocían y la señalaban con respeto:—Ahí va la madre de Tamagno. Y aun recuerdo más, recuerdo haber oído decir, que Francisco había sido desde niño

su hijo predilecto, porque era el más afectuoso y el más dócil de los hermanos, y el que más trabajaba en casa para ayudarla en las faenas domésticas. Y él le probó toda su gratitud apenas pudo, enviándole los ahorros que hizo de sus primeras ganancias; las cuales fueron escasas por mucho tiempo, porque aquel afortunado *l'anima é di Dio,* fué más bien el principio de su fama pero no de su holgura, pues no le valió más que una escritura de ciento cincuenta liras mensuales por tres años. Pero, le era muy dulce sufrir privaciones con tal de embellecer algo la vida á su madre. Dice que su imagen la tuvo siempre presente en los momentos más felices y en los más dolorosos de la vida, que mil veces en las grandes ciudades extranjeras, se sobresaltó su corazón viendo á lo lejos, en medio de la multitud, mujeres del pueblo que se le parecían mucho, y que en los teatros espléndidos, cuando estallaban más estruendosos los aplausos, le pareció siempre ver agitarse, entre las millones de manos que aplaudían, aquellas dos pobres y queridas

manos que le habían hecho tantas caricias y le habían enjugado tantas lágrimas, que habían trabajado tanto para suavizarle la pobreza y abrirle camino en el mundo. Desgraciadamente, faltó ella antes que llegase él á la cúspide de su carrera: murió casi de improviso, de un ataque de apoplegía.

La noche antes, la madre y el hijo soñaron los dos que les había mordido una serpiente. Tamagno cree que fué aquel sueño un anuncio misterioso de la desgracia. Esta le dejó anonadado. Muchos años después, cantando un *requiem* por su madre en una iglesia fué sobrecogido por emoción tan violenta, que tuvo que dejar de cantar y se lo llevaron casi desvanecido.

—Siempre que estoy triste—dijo—voy al camposanto, y me estóy delante de la tumba un rato, pensando en ella con los ojos cerrados para no distraerme de su imagen, pareciéndome que la estoy viendo y que oigo su voz, la hablo, me responde, estamos juntos como cuando estaba viva. Luego me voy más consolado.

Y este gran amor filial es ciertamente lo

que le ha conservado sencillo y modesto en la fortuna, lo que le hace recordar tan frecuentemente á su familia y su pobre niñez con un sentimiento de complacencia al par que de orgullo, que le honra y le hace más amable; y es también este amor, la necesidad de encontrarse en los lugares que le hablan de su madre, de vivir cerca de su tumba, lo que le hizo afirmarse en el propósito de establecerse en Turín, cuando deje el Teatro para siempre. Siempre que pudo hizo una escapada á su querida Turín, y se detuvo en ella cuanto pudo. Era ya célebre cuando se le veía aparecer de improviso, yendo en busca de sus antiguos compañeros y con ellos revivía un día alegre como los de la primera juventud, prolongando la fiesta haste noche avanzada y cantando por las calles, con gran placer de los buenos burgueses acostados ya, que se removían al oir el sonido de la maravillosa voz y exclamaban:—Bah! Es Tamagno!—Su nombre es popular aquí hasta entre los mismos obreros de la nueva generación que no le han oído en el teatro. Cualquiera mu-

jer del pueblo á quien le parezca que la voz de su hijo promete, suele decirle á sus amigas:—Quién sabe si llegará á ser otro Tamagno!—Y no hay familia del pueblo en el barrio donde nació, que sufra alguna privación, no hay modesta sociedad necesitada de dinero, que no acaricie la esperanza de un concierto caritativo, que al menos no exprese el deseo de alcanzarlo, por decirlo así, como de que saque algún premio de la lotería:—Ah, si pudiéramos hacer cantar á Tamagno!—Si él se hubiera prestado nada más que á la centésima parte de las peticiones, habría reventado hace veinte años.

*

Después de su madre y de la música, el asunto sobre el cual recae con más frecuencia su conversación es su ciudad de Varese, donde tiene reunidas todas las memorias de su triunfal carrera artística, y entre otros objetos sus espléndidos trajes de teatro; una admirable colección de mariposas y de pájaros que cuida él mismo y que van á visitar hasta los naturalistas extranjeros, y

una gran colección de caricaturas (que se enriquece de continuo) hechas para él por el ilustre acuarelista español, Perea: caricaturas de soberanos, de ministros, de escritores, de artistas célebres de todos los países, verdaderas maravillas en el parecido, y que la mayor parte tienen una intención satírica agudísima, que duplica su valor. En medio de todas estas cosas hermosas, entre una y otra de sus escapadas á través de Europa y del Atlántico, descansa haciendo de jardinero, hortelano... agricultor, y ejercitando todos los días su voz, cuyas notas limpidísimas se extienden á lo lejos por el campo y se mezclan á los gorgeos de los pájaros del jardín. Los cuales, si tuvieran el poder de entenderse entre sí, le expulsarían también ellos del coro por envidia, como hicieron aquellos compañeros de un tiempo que cantaban bajo el puente del Dora. He dicho que descansa: pero se debe entender en cuanto este descanso es permitido á un artista de su fama, asediado por todo género de aspirantes á las tablas, que solicitan un juicio sobre la propia voz,

maestros principiantes que quieren que sea él quien oiga su primera partitura, colegas sin garganta ya que necesitan auxilio, y por los infinitos postulantes de la beneficencia canora para los cuales no existe ni sagrada soledad, ni puerta inviolable. Celebridad y quietud no se encuentran juntas más que á la *sombra de los cipreses*.

*

Tamagno se encontraba entonces en un período feliz de la vida: se había casado hacía poco su hija única, una graciosa muchacha de diez y ocho años, muy parecida á él en la parte superior de la cara, y tan gentil ella en sus formas como él era poderoso. No heredera de su voz, mas hallábase dotada de raras facultades dramáticas, de las cuales dió pruebas admirables en el teatrillo de la villa paterna. Le pregunté si en el pasado no había tenido alguna vez la idea de hacerla «pisar las tablas.» Se me quedó mirando con una mirada muy expresiva, y me contestó un:—*jamás!*—mucho más elocuente que la mirada: un *jamás* de

Otello padre, que hacía ociosa toda explicación.

Aquella hija es su reina, su diosa, su gloria. Con ella, aun niña, hizo sus pruebas mímicas del último acto del *Otello,* para la primera representación en Milán: la niña hacía la parte de Desdémona moviéndose oportunamente con precocidad de intuición dramática, y sin amedrentarse de su entrecejo austero y de sus ímpetus *moricidas.* Durante muchos años hizo él con su hija el oficio de madre: la vestía, le abrochaba los botones, la acostaba y la dormía con aquel cántico dulcísimo suyo, con el cual tenía despiertas á otros millones de criaturas humanas. En medio de sus triunfos lejanos, suspiraba siempre por la vuelta, pensando en ella, y los días que recibía una carta suya en gruesos caracteres, se elevaba más ardiente en los teatros el himno del Profeta y sonaban más dulces las notas amorosas de Armando y de Raul. En ella se condensan ahora todas sus esperanzas y sus ambiciones. Estaba prometida á un joven milanés, bueno y culto como ella, hijo de un

industrial conocido. Los esponsales se debían celebrar dentro de dos meses en una capilla que erigió en la villa su mismo padre.

—Se quieren bien,—dijo—serán felices. Yo no deseo más en este mundo.

Esto me dijo mientras cenábamos juntos en un cuarto del *restaurant Cambio,* y precisamente en aquel sitio, le llevaron un telegrama de su hija, á quien él esperaba aquel día en Turín, en el cual le advertía que había anticipado tres horas la salida. Al buen padre se le iluminó el rostro como cuando en el *Poliuto* entona la frase *Balenó divino raggio,* y allí en el ímpetu de la alegría, para compensarme de la hora de compañía que me iba á quitar, inclinando hacia adelante, apoyado en la mesa me dijo al oído:—Una de estas noches volveré á su casa y... *cantaremos.* Aquel plural que, si yo fuese un *dilettante* de canto, me habría aterrado, dió por el contrario un delicioso sabor cómico á la agradable noticia. Pero desde aquel punto, por más de que él siguiera hablando como antes, advertí que

ya su pensamiento no estaba conmigo, sino con la pequeña Desdémona de la villa de Varese, que había desaparecido el artista y no tenía ante mí más que al padre. Todavía se reveló una vez el tenor cuando se presentó el camarero con la cuenta, que él trató de arrancarme de entre mis manos con un hermosísimo:—*A mel*—en *la* natural, que pagaba con creces la comida.

Extravagancias del acaso. Jamás había pensado que me pudiera ocurrir tenerme que hacer el sordo á una nota de Tamagnol

FIN

INDICE

	PÁGS.
Escribiendo un libro.	5
Juan Bottero.	33
Simpatía.	51
Año Nuevo.	101
La «canalla».	149
El tenor Tamagno.	169

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
MEXICO